

Los cuatro Johns

Ellery Queen



Todo empezó de una forma muy sencilla.

Mary Hazelwood decidió repentinamente irse fuera a pasar el fin de semana y dejó una nota a su hermana Susie, diciéndole que se marchaba para Los Ángeles y que John iba a llevarla al aeropuerto.

Pero el problema surgió al transcurrir los días y no regresar Mary.

John, evidentemente, había sido la última persona conocida que la había visto.

Más la dificultad estribaba en que Mary conocía a cuatro hombres que se llamaban John y cada uno de ellos negaba haberla visto aquel día.

Hay tres Johns:

- 1, el verdadero John, sólo conocido de su Hacedor.
- 2, el ideal John de John, jamás el verdadero, y a menudo muy distinto a él.
- 3... nunca el verdadero John, ni el John de John, sino con frecuencia muy distinto a ambos.

Oliver Wendell Holmes.

«El Autócrata de la Mesa del Desayuno».

Prólogo

Mervyn Gray estaba sentado en una mesita del fondo de la cafetería «El Parnaso», cerca de la Universidad de California, en Berkeley. Estudiaba con mucho afán una hoja de papel en la que había cuatro nombres escritos. Hacía horas que había pedido café. De vez en cuando alargaba la mano hacia la taza y descubría que el café estaba frío.

La camarera le había llenado la taza dos veces. Era ya tarde y estaban a punto de cerrar; la camarera estaba ansiosa por verle marchar con sus problemas a otra parte. Un estudiante de la Universidad comentando sus notas, decidió la joven, mal dormido, mal nutrido y acosado por las preocupaciones. Los estudiantes habían acudido siempre a la cafetería y seguirían acudiendo. Indudablemente, ese joven, a pesar de toda su desesperación, sobreviviría.

La camarera se equivocaba en todos los conceptos. Mervyn Gray no era un estudiante; era ayudante de un catedrático. Y no tenía ninguna confianza en la supervivencia. Dos días atrás casi había sido envenenado; el día anterior una bala pasó a pocos centímetros de su cabeza; mañana, si había que creer al no identificado enemigo —y Mervyn creía en él—, Mervyn estaría muerto.

Lo más claro, presentar una queja a la Policía, no podía ser objeto de consideración por varios motivos. Para mejor o peor, el asunto se erguía entre él y su enemigo, un enemigo que, según le parecía a Mervyn, tenía todas las ventajas.

Se frotó las sienes. Cuatro hombres, cuatro hombres. ¿Cuál? Contempló el papel, buscando una brizna de inspiración.

Pero tuvo que sacudir su aturdida cabeza. Cogió la taza, y volvió a darse cuenta de que el café estaba frío. Se lo bebió y

entornó los párpados. Le dolían, como si estuvieran envarados. Los levantó. «¿Cuál?».

Con infinito cuidado volvió a ordenar sus ideas. Existía un problema; por tanto, tenía que haber una solución. Revisó su lógica cadena de hechos, desde los sucesos del viernes, catorce de junio, por entre una semana y media, hasta el veinticuatro del mismo mes, en Berkeley. El débil eslabón de la cadena, que derivaba de Harriet Brill y Susie Hazelwood, era el primero. Sin embargo, tenía que empezar por algún sitio, por muy confuso que fuese el origen. En cuyo caso, la cadena, una vez más, le conduciría a cuatro nombres... y ahí se detendría.

Estaba demasiado cerca del problema, ésta era la gran dificultad. Tenía que retroceder, desentenderse, adquirir una perspectiva. Claro que esto era más fácil de decir que de hacer. Si hubiese un medio de definir las variantes, tal vez pudiese ocuparse de las mismas una a una... Mervyn sintió como si estuviese sumergiéndose bajo un océano de dientes de león.

Respiró profundamente, y volvió a inclinarse sobre la lista. Alguien, metódicamente, con toda malicia, intentaba destruirle. Uno de los cuatro hombres: ¿cuál? ¿No habría forma de aislarle de los otros tres inocentes? ¿No existía un reactivo que pudiera teñirle con el color de la culpabilidad? «Si fuese un psicólogo, Dios no lo quiera —pensó Mervyn—, podría llevar a cabo una serie de tests». Manchas de tinta que adoptan el rostro de seres con las cuencas vacías de los ojos... o «Chevrolet» verdes... O asociaciones de palabras:

Amor (odio)
Excitación (Mary)
Carretera (Sur)
Coche (Desvanecido)
John (¿Cuál?)

Elección de preguntas múltiples: Su nombre es X. Tú odias a un hombre llamado Mervyn Gray (M. G.). Tú, por tanto:

a) Vas a M. G. francamente, le expones tus quejas, y procuras llegar a un arreglo.

- b) Revelas tus sentimientos a amigos mutuos, para que sepan qué clase de villano es M. G.
- c) Te vengas de M. G. por una serie de actos hostiles.
- d) Decides que es mejor vivir y dejar vivir, y dejas en paz a M. G.
- e) Matas a M. G.

Mervyn esbozó una triste sonrisa. Desentrañar los tests no era difícil; era lo que estaba debajo lo que contaba.

Esquematisó un plano, dando a los cuatro nombres una lista de atributos, desde el 0 al 10.

	John Boce	John Viviano	John Thomp- son	John Pilgrim
Osadía	10	10	4	8
Impulso	4	6	5	4
Venganza	3	8	3	6
Imaginación	1	7	5	10
Perversidad	9	4	2	8
Destreza	4	2	7	6
Persistencia	8	4	6	5
Duplicidad 6 3 10 1	6	3	10	1
<hr/> TOTAL	<hr/> 45	<hr/> 44	<hr/> 42	<hr/> 48

A Mervyn no le disgustó el plano. El método era arbitrario, y vagos los atributos, subjetivos los cálculos, pero las sumas se aproximaban a su propio criterio. No tardó, empero, en dejar de mostrarse divertido ante aquella lista. Planos, adivinanzas, intuiciones... todo inútil. Todo era inútil. Estaba combatiendo contra una sombra. Apretó los puños, súbitamente encolerizado.

Problema: solución.

John.

John ¿quién? ¿Qué John?

En la cafetería entró una rubia de veinte años, vistiendo una faldita gris y un suéter castaño oscuro. En un grupo de novatas de la Universidad, habría pasado inadvertida; no era alta y su figura resultaba un tanto masculina. Pero sus rasgos eran muy cambiantes, ya graves, ya maliciosos, ya inocentes como los de un bebé, o diestros, prudentes y hasta tristes.

A la vista de Mervyn Gray vaciló, instantáneamente pensativa. Luego, recorrió la fila de mesitas y se deslizó en el asiento frontero al del joven.

Mervyn levantó la mirada.

—Susie.

—Es tarde —dijo Susie Hazelwood. Miró la hoja de papel que se hallaba sobre la mesa, en la que Mervyn había pergeñado su plano. El joven lo dobló y lo metió en un bolsillo. Susie añadió, burlonamente—: ¿Secretos?

—Ojalá no hubiera ninguno —dijo Mervyn, desde lo más recóndito de su alma.

—Mis secretos son todos triviales. Apenas pienso en ellos.

La camarera se acercó a la mesita.

—Cerraremos dentro de cinco minutos.

—Sólo café —pidió Susie—. Con leche —Mervyn estaba mirando hacia la puerta. Susie siguió su mirada—. ¿Alguien que conoces?

—Nuestra amiga y vecina, Harriet. Una mujer imposible. Iba a entrar y ha cambiado de idea. Posiblemente al verme.

—Harriet piensa que estás loco. Tú y tu juego idiota.

—¿Qué juego idiota?

Frunciendo los labios, la joven imitó la voz de Mervyn.

—Ojalá la Luna estuviese hecha de queso verde. Nunca habría habido bastante queso en casa; lo usábamos como premio en nuestros juegos del Monopolio, en los que papá siempre ganaba. Empleaba dados cargados, por lo que yo le odiaba.

«Aquel juego...».

—Subestimás a Harriet —continuó Susie—. Sabe perfectamente a dónde vas, y te considera un pobre loco.

—Harriet es muy lista.

—Creo que odias a los psicólogos.

—A los psicólogos como Harriet.

La camarera trajo el café para Susie. Mervyn calló mientras la joven se servía la leche. Luego se inclinó hacia delante.

—Hablando de secretos, cuéntame los tuyos.

—Tengo muy pocos —replicó Susie, sonriendo y agitando la cucharilla en la taza.

—¿Por qué se marchó tu hermana Mary a Los Ángeles?

Susie reflexionó.

—Podría decírtelo, si lo supiera, pero no es así. No, de veras.

—¿Tu propia hermana? —Mervyn la miró con incredulidad.

—Podría adivinarlo —contestó Susie, encogiéndose de hombros—, si supiese por qué te interesa tanto. Claro que estabas... o estás aún, enamorado de ella. Y supongo que éste es suficiente motivo —había cierta hostilidad en el tono de la joven—. Quieres a Mary, ¿verdad?

Mervyn sonrió con falsedad.

—¿Qué entiendes por amor? Se ama de muchas maneras. Adoración. Amor platónico. Amor carnal. El amor de un vaquero por su caballo. El amor materno.

—Mary no es una iglesia, ni un caballo, ni una madre.

—También se puede conjugar el verbo amar. Yo amo, tú amas...

—Estás eludiendo mi pregunta. Contéstame, por favor. Es importante.

Mervyn reflexionó.

—Lo diré de esta manera —contestó al fin—. Si yo fuese un naufrago en una isla desierta y Mary llegase en una balsa, no le ordenaría que volviera al mar.

—¿Estás o no enamorado de ella?

—Eres excesivamente insistente.

—¿Contestarás?

—Es una pregunta tonta. Todo el mundo ama a Mary. Es una institución local.

—No pienses que me siento ofendida —Susie hizo una mueca—. ¿Por qué? Todo el mundo es bueno conmigo. Soy la hermanita de Mary, feliz incluso para una cita a ciegas. Y me pongo enferma de alegría cuando un tal Mervyn Gray me invita a salir.

Mervyn rió nervioso.

—¿Hermanita? ¿Es esto lo que piensas de ti misma?

—¿Y tú, qué opinas de ti?

—Oh, un don Quijote moderno. O el tipo de quien escribió A. E. Housman, el que dejó su corbata Dios sabe dónde.

—Literario, como de costumbre.

Mervyn enarcó una ceja ante aquel inesperado ataque.

—Enseño literatura inglesa. Leo libros.

—No te disculpes. No tienes que avergonzarte de ello.

Mervyn suspiró.

—Eres perversa —se acordó del plano y de sus cálculos—. Tienes un diez.

—¿Y esto es bueno o malo?

—Eres muy perversa. ¿Y si me dijese con quién se marchó Mary?

Susie se acomodó en su asiento, contemplando a Mervyn por entre sus entornados párpados.

—¿Estás celoso?

—No.

—Entonces, ¿a qué tanto afán?

—Algún día te lo explicaré.

—Está bien. Te diré todo aquello que sé con seguridad. El viernes, catorce de junio, Mary terminó sus exámenes.

—Lo sé. Yo finalicé de examinar aquel mismo día.

—Bien, después concertó una cita con John.

—También lo sé. Pero, ¿qué John?

—Harriet, la fuente de información, afirma no tener la menor pista. Ni yo tampoco.

—Es la primera vez que Harriet no lo sabe todo.

La camarera se acercó a la mesa.

—Las doce. Vamos a cerrar.

Susie insistió en pagar su café. Ya en la caja, al buscar Mervyn su cartera, sacó el plano. Iba a romperlo cuando cambió de idea y volvió a guardárselo. Una idea cruzó por su cerebro. Volvió a sacar el plano una vez más y estudió los atributos. Interesantes. Mucho. Iluminadores... ¿Se atrevería a tomarlos en serio?

Cogió el cambio y se reunió con Susie en la calle. La joven le contempló con curiosidad. Mervyn exhaló un suspiro.

—Bien, bien...

—¿Bien por qué?

—Por el veinticuatro de junio. Hoy es veinticinco. El día que tenía que estar muerto.

—Para mí es el veinticuatro —replicó Susie—. Aún no me he acostado.

Mervyn contempló el cielo.

—Hermosa noche. Mira la Luna. Y estas nubes como pulmones.

—¿No es lo que podría llamarse un cielo aborregado?

—Imagínate una noche como ésta en el mar.

—Eres un romántico.

—Algunas personas me llaman realista brutal. Para Harriet soy un loco. No sé por qué.

—Tal vez porque eres medio romántico y medio realista bruto.

Bajaron por la avenida del Telégrafo y llegaron hasta el «Volkswagen» azul de Mervyn. El joven abrió la portezuela. Susie vaciló un segundo y al fin subió. Mervyn se deslizó en el asiento del conductor y miró a Susie.

—Creo que he sabido algo. Sí, acaba de ocurrírseme una cosa.

—¿Qué?

Antes de contestar, Mervyn puso en marcha el auto, internándose entre el tráfico.

—Es un asunto complicado. ¿Tienes que irte inmediatamente a casa?

—No.

Mervyn la contempló con su más retorcida sonrisa.

—No en veinticuatro de junio. Traería mala suerte.

—Vayamos a Reno y casémonos.

—Estamos ya a veinticinco.

—Para mí todavía es veinticuatro, ya te lo he dicho.

—¿Me rechazas? —sacó el plano del bolsillo. Accionó el conmutador de la luz y le pasó el plano a la joven. Ésta lo estudió con entera atención—. ¿Qué te parece?

—En conjunto, me parece estúpido. Algunos de los titulares son siniestros.

—Ha ocurrido algo siniestro. ¿No has sabido nada de Mary?

—No —el semblante de Susie estaba impasible.

—Hace una semana.

—Y media.

—¿No piensas que pueda haber sufrido un accidente?

Susie no contestó.

—¿Que podría estar muerta?

Susie continuó como una estatua. Estaban atravesando un largo túnel; las luces del mismo relampagueaban sobre sus rostros.

—¿Bien? —preguntó Mervyn—. ¿Se te ha ocurrido?

—Naturalmente.

Salieron del túnel y siguieron la carretera entre oscuras montañas. Mervyn eligió cuidadosamente sus palabras.

—He estado pensando en esta situación —una pausa—. Creo que Mary ha muerto.

Susie guardó silencio. Luego:

—¿Por qué no has ido a la Policía?

Mervyn pareció apenado.

—Soy miembro de la Facultad. Esto significa que soy como la mujer del César. No puedo esquivar la maldad, aunque ni siquiera sé qué significa este vocablo.

Susie dejó escapar un sonido escéptico por entre sus dientes.

—¿Piensas que soy excesivamente precavido?

—Entre otras, también se me ha ocurrido esta idea.

—Los emolumentos de un ayudante de profesor son escasos. Si me mantengo puro conseguiré un empleo de instructor en el semestre de otoño. Y esto es sólo la mitad. Mi tesis es una traducción de la gesta provenzal, *cum* comentarios. Es la especialidad del viejo Burton, y me prometió una cátedra tan pronto como consiga mi diploma. Ésta sería una promoción absolutamente meteórica, la ilusión de toda una vida. Considera ahora los titulares: «Instructor de California interrogado sobre una muerte sexual». Ya podría empezar a buscar otro empleo.

—Con que fue una muerte sexual —la voz de Susie era muy baja.

—Esto es lo que dirían los periódicos.

—Cuéntame algo más sobre la muerte sexual de mi hermana.

—No seas obtusa, Susie, cínicamente cité este titular ante el hipotético caso de verme envuelto en un hipotético crimen.

Susie golpeó el plano.

—Si es tan hipotético, ¿a qué viene esto?

—Según Harriet —contestó Mervyn, como si le estuviera hablando a una niña—, Mary concertó una cita con «John». En cuyo

caso, lo más natural es que John y Mary se encontrasen.

—No tienes imaginación y creo que es muy importante para un crimen sexual. Casi indispensable.

—Si fue un crimen sexual. Si hubo crimen. Naturalmente, hay ruedas dentro de ruedas.

—Naturalmente —asintió Susie, como ante un chiste particular. Volvió a estudiar el plano—. ¿Y si me tomo esto en serio? Tal vez estemos en camino de hacer colgar a John Pilgrim. O mejor, a John Boce. Su puntuación casi es tan alta como la de aquél y vive más cerca.

—Mi plano no parece haberte impresionado.

—Es tonto.

—Si dispones los atributos en círculo, como una rueda de colores, verás que todos los colores se combinan suavemente. Por ejemplo: imaginación, destreza y persistencia igualan a impulso. Lo que intento decirte es que estos atributos son sólo puntos en torno a una circunferencia. Yo no lo llamaría círculo. El total señala la extensión de la zona rodeada.

—Muy hábil.

—¿No crees que hablo en serio?

—Pienso que hace diez minutos insultaste a Harriet por ser una psicóloga.

—Tendré que explicártelo.

—Ojalá puedas. Por el momento, me estoy preguntando si mi hermana está viva o muerta.

—Está muerta.

1

Los apartamentos de «Yerba Buena Jardín», un par de complejos de dos plantas con seis apartamentos cada uno, se contemplaban mutuamente a través de un patio formado por rectángulos simétricos. Había una minúscula fuente en el centro del patio, y una faja de tierra con palmeras, hierba pampera, dalias y bambúes enanos, lo cual formaba el «jardín». Mary y Susie Hazelwood ocupaban el apartamento 12, al extremo del tercio superior de la unidad sur. La psicóloga Harriet Brill tenía el apartamento 10, al final de la balconada. En medio, en el número 11, residía la vieja señora Bridey Kelly, una maestra retirada y viuda, que estaba muy interesada en Dios. El apartamento 9, directamente debajo del de Susie y Mary, estaba vacante. En el 8 vivía un matrimonio viejo que solía pasar casi todo el tiempo en Méjico. El séptimo alojaba con irregularidad a un grupo de azafatas que llegaban y se marchaban a horas imprevistas, y a quienes nadie conocía.

En el complejo norte, directamente enfrente del de Mary y Susie, pero en el piso inferior, Mervyn Gray ocupaba el apartamento 3. El 2 estaba desocupado. En el apartamento 1, enfrente de Harriet Brill, aunque también en la planta inferior, vivía John Boce. Los números 4, 5 y 6 del piso superior, estaban alquilados a tres parejas obreras que formaban una especie de sociedad común.

La mañana del viernes, catorce de junio, Mary Hazelwood, ya a punto de graduarse en la Universidad, había

terminado sus exámenes. A las ocho de la noche dejó el apartamento 12. Vestía un traje azul celeste y un abrigo de verano de color gris, y llevaba una maleta en la mano derecha. Bajó al patio, salió a la acera y no se la volvió a ver.

A nadie le había confiado sus planes, y menos aún a su hermana Susie, a la que amaba pero con la que se peleaba con frecuencia.

Harriet Brill fue la persona que reconoció haber visto a Mary por última vez. A las seis había entrado en el apartamento 12 sin llamar, y encontró a Mary, enroscada en el sofá, hablando por teléfono. Harriet había entrado de puntillas por si la joven se volvía a mirarla. Mary, sin embargo, terminó la conversación.

—No sé cómo, pero estoy segura de que lo arreglarás... Por favor, John, ¿llegarás puntual por una vez...? Por favor... Naturalmente, te quiero. ¿A quién si no...? Bien, entonces... Adiós.

Las palabras de afecto eran frecuentes en Mary, por lo que Harriet no les otorgó ninguna significación. Más tarde ya no estuvo tan segura.

Mary se puso de pie. No demostró sorpresa ante la presencia de Harriet; posiblemente, ya sabía que estaba allí.

—Tendrás que perdonarme —le dijo—, pero tengo mucha prisa. He de ducharme, cambiarme, preparar una maleta y sólo me queda una hora.

—¿Vas a algún sitio? —le preguntó Harriet, chispeantes las pupilas de curiosidad.

—A Tombuctú. A la Luna. A los montes tártaros. Tal vez a Los Ángeles.

—¡Diantre! ¡Estás muy animada!

—Los exámenes han terminado. Soy una mujer libre. ¡Hurra!

—Huelo un misterio. ¿Vas a fugarte?

Mary se echó a reír, con aquella risa contagiosa que reducía a los hombres a la servidumbre (si su físico no lo había logrado aún).

—Podría hacer algo peor. Tengo veintidós años y estoy soltera. Prácticamente, soy una solterona —pasó al cuarto de baño y soltó el agua de la ducha.

Harriet, con treinta años y soltera, giró sobre sus tacones y salió. No sentía gran afecto por Mary ni por Susie, aunque con la primera estaba más a gusto. Las dos hermanas tenían profundos agujijones. Sólo porque eran bonitas y con buen tipo pensaban que podían pasar por la vida dando codazos a los demás. Harriet se preguntó quién sería ese John que acaparaba el amor de Mary.

El mundo de Mary estaba lleno de Johns. Harriet los conocía a todos. John Boce, John Viviano, John Thompson, John Pilgrim. Mary los amaba a todos, seguro. Harriet se burlaba de los trucos que la joven empleaba para atraer la atención de los cuatro. La popularidad era uno, la baratura otro. Pocas personas sabían leer en el interior de la muchacha, a través de su fachada. Los ingenuos y hábiles coqueteos, las bromas, las risas... todo ello protegía una enorme sensualidad. Muchos hombres parecían estar ciegos... o no importarles. Por ejemplo, el ofensivo, aunque guapo, Mervyn Gray, del apartamento 3. Y el querido John Boce, sólido y confortable como un viejo roble. Gracias a Dios comenzaba a demostrar más estabilidad.

Harriet regresó a su apartamento. Era alta, con hombros y piernas delgados que por desdicha acentuaban sus abultadas caderas. Llevaba el cabello negro estirado hacia atrás, lo que acentuaba la pureza clásica de sus rasgos. Harriet estaba graduada en psicología y tenía algunos empleos como consultante psicóloga. Era muy aficionada a las violentas blusas campesinas, a las sandalias de esparto y a las joyas mejicanas; andaba despacio y bailaba como una posesa. Sus muros exhibían copias de los más incomprensibles cuadros de Picasso y Klee; además de sus obras técnicas, su librería albergaba a Kafka, Henry Miller, Sartre, Camus, Aldous Huxley, Bertrand Russell, C. Wright Mills y Law-